

Cultura nacional y cultura de Estado

José Joaquín Blanco

1

En México con frecuencia se confunde la cultura nacional con la cultura de Estado. El Estado mexicano se ha agigantado de manera que parecería que no queda nación fuera de él, ni (en consecuencia) cultura nacional. Como, además, asume la forma de una vasta pirámide que pretende absorber y conciliar a todas las clases y los sectores sociales, a los diversos grupos étnicos, a los más dispares y encontrados intereses; como es el rector de la economía y el mayor empresario, y como ha fabricado una ideología —que él llama “de la revolución mexicana”— en la que no dejan de aparecer, si bien mediatizadas, desfiguradas y manipuladas, las principales luchas y los aspectos esenciales de la historia y la sociedad mexicanas, el Estado resulta una máquina abrumadora que pareciera aplastar, desplazar, intimidar o volver imposibles otras instancias de organización social, con excepción del clero y de los más poderosos empresarios privados (los cuales, de cualquier modo, requieren de una intensa alianza con él) .

Se diría que nación, Estado y PRI son lo mismo; y entonces, ¿cómo deslindar la cultura nacional de la cultura de Estado?

2

A diferencia del modelo típico de democracia occidental, la sociedad mexicana ha necesitado y querido un Estado fuerte. Aunque en múltiples ocasiones el agigantamiento y el encumbramiento del Estado ha resultado en perjuicio de la sociedad, y especialmente de los sectores populares más desprotegidos (por ejemplo: indígenas, municipios, trabajadores no organizados o de organizaciones pequeñas y débiles), en principio ese crecimiento estatal es un designio y una conquista del pueblo, que así ha buscado defenderse de las corporaciones privilegiadas (casta criolla, clero, ejército, capitalistas) y de las amenazas extranjeras, y proyectar sus decisiones de justicia y progreso. El Estado grande y fuerte es producto de las revoluciones populares contra el privilegio y la opresión y de las defensas de

la nación contra las invasiones europeas y norteamericanas; en las últimas décadas, el apoyo y la presión de la gente ha obligado al Estado a pasos definitivos como las nacionalizaciones del petróleo, la electricidad, la banca, etcétera.

La fórmula liberal típica de que a mayor Estado hay menor sociedad, no se aplica en México, que durante su historia moderna, por el contrario, ha querido afianzarse como sociedad verdadera (en contra de la “sociedad” de los propietarios y de las corporaciones privadas), a través del instrumento principal de un Estado nacional y popular con grandes facultades y poderes. En México cabría mejor otra fórmula: a mayor Estado popular, más sociedad; sin embargo, este proyecto histórico de madurar y mejorar como sociedad popular a través de un Estado grande, repetidamente ha encontrado en si mismo su mayor obstáculo y su enemigo: con enorme facilidad en repetidas ocasiones se ha visto cómo el Estado nacional y popular se convierte en una nueva, reacomodada corporación del privilegio; y que las grandes riquezas y facultades con que el pueblo lo ha dotado (a través de su trabajo y de su consenso, de sus propios sacrificios y renunciaciones en vistas a la unidad, la paz o un proyecto futuro; y desde luego, a través de movimientos populares y de conquistas armadas) se transforman en instrumentos abrumadores de opresión social, de desnacionalización, por una parte; y se ven utilizados como método y botín para la formación de nuevos grupos opresores burocrático/empresariales (en otro tiempo burocrático/militares también), que así crean cúpulas fabulosas y rápidas, por la otra.

3

La cultura de Estado fácilmente ha transitado de contenidos originalmente populares y nacionales a otros de corporaciones privilegiadas de la burocracia y el capital. Entonces, la cultura nacional llega a ser incluso polarizada enemiga de la cultura de Estado: la memoria histórica, la identidad social, la experiencia cotidiana y laboral —la cultura viva del país: su gente— se asumen como críticos de la cultura del poder, y luchan contra ella.

Diariamente, por las más diversas razones y a lo largo del mapa, se enfrenta la cultura de la gente contra la cultura del poder. El Estado, desviado en muchísimos sentidos de los intereses de la gente, trata de identificar Estado-país-nación-partido oficial con la cúpula de burócratas y capitalistas corporados, expulsando a la gente de todas esas instancias, o subordinándolas ominosamente; y la gente, por su parte, trata de recobrar todo ello y al Estado sobre todo ya que es ella quien lo crea y sostiene y de corregirlo y ponerlo realmente a su servicio.

En este sentido, cultura nacional sería la diversa, a veces contradictoria, cultura encarnada de la

gente: la concentración de memoria histórica y de identidad y práctica presentes, que resguarda lo que la nación ha hecho y lo que es, y a partir de ello asume la crítica del poder, de sus intereses y orientaciones, de sus proyectos y de su ejercicio; de un instrumento que es creación de la cultura de la gente y no una instancia autoritaria por encima de ella. La cultura nacional sería la posición crítica, liberadora y oprimida de la gente con respecto al Estado grande y poderoso que ella misma ha hecho, pero que a cada momento se le escapa o se vuelve contra ella.

4

La confusión y las diferencias que en la práctica ocurren muchas veces entre cultura nacional y cultura de Estado, deslindadas en forma clarísima cuando hay enfrentamiento aguzado, tienen como origen la misma confusión y las mismas diferencias que a lo largo de la historia ocurren entre un Estado creado y agigantado por la gente, con un proyecto y una configuración logrados a través de luchas y movimientos populares, que sin embargo se vuelve contra ella. La raíz del asunto es política: la cultura de México es radicalmente política.

Cultura nacional: la inteligencia y la práctica diarias y plurales de la población mexicana, sobre todo de sus grupos mayoritarios y populares. Cultura de Estado: el ejercicio de un poder originado en la fuerza y el trabajo de la gente, con enormes contenidos nacionales y populares que está obligado a cumplir, pero que se ven desviados, deformados, desplazados y enrevesados a cada momento, por los grupos del privilegio que se van formando y hasta auspiciando dentro de él. A fin de cuentas, la cultura nacional no sólo es la creadora y la sustentadora viva de la cultura del Estado, sino sobre todo su crítica, su correctora y, en enfrentamientos últimos, su enemiga.

Una dialéctica de la cultura del poder contra la cultura de la gente, y al revés.

5

¿Por qué un Estado fuerte y grande en México? ¿Por qué la reiterada creación, a lo largo de nuestra historia independiente, del gigante que termina por esclavizar o devorar a la sociedad que lo engendró? Corre un lugar común sobre nuestra historia: un país de masas estúpidas, embrutecidas o brutales, que aguantan la opresión hasta que no pueden más, entonces estallan y crean héroes que inmediatamente las sofocan en una tiranía semejante o peor a la anterior. Bueno, tal idea es una mentira que habla más de la estupidez de muchos pretendidos intelectuales o historiadores que de la que quieren atribuirle a las masas; los héroes y tiranos de nuestra historia, por muy particulares que a veces pudieran parecer sus perfiles individuales, no son sino anécdotas infladas por la cultura del poder —la cultura de Estado—

que niega a las masas su carácter de verdadero protagonista y transfiere la acción fundamental de la historia a un torneo de ogros y superhombres. El héroe real ha sido el propio pueblo: la fuerza de los grupos humanos que en la adversidad se crean su supervivencia, su dignidad y sus proyectos de justicia. El tirano real ha sido también el propio pueblo: una sociedad indígena descoyuntada por la conquista española, mantenida, durante los tres siglos de colonización, en la desorganización, la explotación y la ignorancia más extremas, llegó a su independencia sin mayores recursos de defensa que los de los propios aztecas del siglo XVI, pero ahora frente a la burguesía internacional del siglo XIX como enemigo. Su tirano era su propia debilidad, la ausencia de formas de cohesión nacional y su atraso cultural frente al mundo burgués.

La nacionalidad empezó donde, gracias a la lucha indígena de tres siglos, había algún encuentro entre razas, clases y culturas: el bajo clero y el bajo ejército. Bien pronto, sin embargo, estas dos instituciones cerraron y aguzaron su carácter corporativo, racial, criollo; y la gente tuvo que buscarse una organización donde cupieran todos: la creación de la república, del Estado. Sin que nadie les diera nada, haciéndose ellas mismas, las masas mexicanas que defendieron a Juárez eran más mexicanas y más modernas que las del Cerro de las Cruces. Y mucho más avanzadas las que derrocaron a Díaz. E incomparablemente más fuertes y organizadas son las de ahora. Hay un proyecto triunfante de fortalecimiento, de organización, de justicia y de progreso del pueblo por el pueblo mismo, más allá de heroísmos y tiranías anecdóticas.

En ese proyecto, el Estado nacional y popular ha tenido una función preponderante. El proyecto de hacer una nación de la desorganización colonial, una democracia del autoritarismo feudal, un país popular de un botín de corporaciones oligárquicas; cuando en 1910 fue evidente que ese proyecto no se estaba cumpliendo, pese a la utopía que el capitalismo había representado en la época de la Reforma (armas modernas para defender el país, fábricas, escuelas, ferrocarriles, agricultura moderna, salud pública, leyes republicanas: todo lo que soñaban los liberales), una sociedad más fuerte que sus antepasados derrocó al Estado porfirista y creó otro donde cupiera más y que le sirviera mejor que el juarista.

6

De ahí el extraordinario carácter del Estado mexicano: no un mero árbitro, ni un mero organizador: el instrumento específico para que la sociedad se unificara y modernizara a sí misma, a contrarreloj, frente a la opresión local y a la hostilidad imperialista. Se fueron conquistando la propiedad del país y

sus recursos, los derechos civiles, la gestión económica, la soberanía y la dignidad políticas, y se depositaron en él. Difícilmente, en consecuencia, la nación aceptaría revertir su proceso histórico y achicar el poder y la riqueza del Estado, para entregárselos a la “sociedad” liberal de corporaciones privadas económicas o militares, o incluso religiosas y burocráticas.

Sin embargo, evidentemente el Estado no ha funcionado como se quería: ha creado nuevos privilegios, nuevas castas dominantes; sostenido la desigualdad; burlado sus leyes fundamentales (con el amparo agrario a latifundistas, por ejemplo) ; desordenado la sociedad a través de políticas monstruosas de inversión que llevaron a la ruina del campo y al prohijamiento de una clase media artificiosa, absurda y voraz; reprimido las libertades, violado los derechos civiles y humanos de los trabajadores y hasta instaurado regímenes autoritarios de terror policiaco inocultables y escandalosos; corrompido las instituciones populares (sindicatos, por ejemplo) y nacionales (poderes municipal, estatal, legislativo, judicial); auspiciado la corrupción como primitivo método de enriquecimiento de las nuevas castas burocráticas y empresariales; subsidiado una libre empresa que frecuentemente no va más allá de prestanombres y agentes dóciles de las trasnacionales, etcétera. La lista no tendría fin.

Bueno: todo ello indica, además de una dolorosa historia reciente que sin duda recibirá pronto una respuesta social de los agredidos, que naturalmente el proyecto de Estado nacional y popular mexicano surgido de la revolución no pudo escapar a la lucha de clases y a la historia internacional contemporánea; no un gigante apocalíptico, un Leviatán liberal, que para su ruina lo engendró un pueblo ingenuo y milagrero, sino un resultado de la composición y el movimiento de las fuerzas de las últimas décadas.

Cultura de Estado: un claro proceso de robo de la historia y del rostro de la gente, para volverlo en contra suya. Las leyes y las instituciones por las que se sacrificaron millones de vidas, vienen a despojar al pueblo; los héroes y los símbolos nacionales abanderan represiones y matanzas; la unidad nacional, conseguida después de dos siglos de luchas internas, se convierte en la unidad corporativa de los de arriba para desunir a los de abajo. Cultura nacional: un proceso también muy claro para rescatar continuamente la verdad de la nación de las continuas mentiras del poder; la verdad esencial de las leyes contra los formulismos y reglamentaciones que las vuelven impracticables y adversas, por ejemplo; o la verdad gregaria y popular de héroes y símbolos nacionales transformados en insignias de gerentes y funcionarios; o la verdad de la unión popular de los desiguales contra los “igualitarios” de arriba que quieren desigualarlos aún más.

La cultura de Estado, así, pronto se volvió un esquema muerto, artificioso y sofista, de frases y anécdotas despojados en gran medida de sus orígenes. No podía el Estado prescindir de ellos, porque perdería completamente su consenso. Pero se le vuelven incómodos y los adultera y en revesa: la historia patria se transforma en folletón romántico, las leyes en leguleyismos que avalan el despojo, los discursos en intrincados fárragos de frases cursis que no dicen lo que dicen, sino insinuaciones crípticas sólo descifrables para la corporación en el poder; las instituciones en elefantes burocráticos corruptos, ineficientes y dispendiosos; las costumbres, la lengua, el folklore en gelatinosos recursos de embrutecimiento sentimental y halago patriotero. Zapata debe convivir con las trasnacionales, darle la mano a la policía judicial, adornar los fraccionamientos de lujo insultante, servir (con Hidalgo) de guardaespaldas ideológico de cualquier funcionario soez, y asistir con Juárez, Morelos y Villa al reclutamiento de esquirols para reprimir una huelga, a la conversión de ejidos en exclusivos clubes de golf o al pergeñamiento de fraudes presupuestales y electorales.

Cultura nacional: el municipio oaxaqueño que se pregunta a él qué le va o le viene con el progreso de Bosques de las Lomas; el ciudadano para quien la lengua nacional es como habla la gente, y no la corrección con que lo desprecian, vociferando, los locutores de televisión y los gerentes; las madres de los desaparecidos políticos como el mayor dique social a la impunidad del autoritarismo policiaco y paramilitar; el sindicato que lucha por la verdad del derecho de huelga contra el lastre postizo de leguleyismos con que se le ha querido volver impracticable; el pueblo indígena que defiende su lengua y sus tradiciones contra el racismo implícito en la mayoría de los planes tecnocráticos de modernización; la conversación, la memoria de la gente, la vida de barrio y de calle que mantiene esenciales y vivos los principios y las figuras patrias que el Estado vuelve adorno del poder, etcétera.

Claro: la cultura de Estado también es la defensa de la soberanía nacional frente a los Estados Unidos, la política internacional pacifista y de solidaridad con pueblos oprimidos; la educación pública, el seguro social, la relativa protección al consumo popular, etcétera. Pero mientras la cultura de Estado los presenta como épicos milagros de los mesías de la cúpula del poder, la cultura nacional sabe que son la mínima gestión popular sin la cual el Estado perdería todo consenso: lo mínimo que la nación obliga a hacer al Estado.

El Estado mexicano no ha existido siempre, y alguna vez no existirá con la abrumadora eternidad con que aparece a los ojos de las generaciones nacidas en la era del PRI. Sociedad y Estado siguen

cambiando continuamente, aunque el “pacto social” aparentemente continúe desde Obregón y Calles; en determinado momento, la cultura de Estado no es sino la resultante del equilibrio entre los cambios de sociedad y poder. Todo parece indicar que en las décadas más recientes han sido tan precipitados los cambios, que empieza a hacerse inminente un reajuste decisivo.

Sobre todo en los últimos cuarenta años se ha desarrollado y crecido, fuera del Estado pero sobre todo dentro de él, una cultura de la derecha, que se ha modernizado en relación a los antiguos conservadores hispanistas y criollos de generaciones anteriores, y ahora imita (o parodia) al empresario norteamericano, como antes lo había hecho con el señor español. Por otra parte, la modernización industrial y urbana en diferentes zonas del país, los avances en la educación y en la salud, el desarrollo de los medios de comunicación y sobre todo la experiencia viva de tantas décadas del sistema imperante, han modificado mucho a la población mexicana, que acaso se vería así en una posición de mayor fuerza que la de otros tiempos frente a sus enemigos de clase y al propio Estado.

9

Aunque la cultura nacional ha luchado por imponer, mantener e incluso ampliar los contenidos populares que la revolución mexicana logró establecer en la Constitución y en muchas otras leyes, instituciones y tradiciones en las que se basa el México contemporáneo —de hecho, todo lo que a más de medio siglo de distancia se conserva de aquello, se debe a la lucha continua de la gente por defenderlo—, es evidente que la cultura de Estado se propuso desvirtuarla desde el primer momento: transformar el proyecto de la gente en un proyecto de casta del poder; y que en muchos sentidos fundamentales lo fue logrando, sobre todo a partir del régimen de Miguel Alemán, hasta conseguir la barbaridad (ya irreversible hacia 1968) de cambiar para peor el país: un México campesino, modesto y aldeano, se volvió el caos urbano, ostentoso y arruinado en su agricultura y en su vida campesina, a la vez que empobrecido a la moderna (misericordia urbana) y casi lumpenizado en vastas zonas de las ciudades.

La debilidad de la cultura nacional, del pueblo, en este aspecto existió durante la revolución: estaba preparada para derrocar a un régimen e imponer, sobre el mero proyecto de democracia formal del principio, importantísimos contenidos populares y nacionales en el nuevo, tan importantes que no dejan de asombrarnos hoy en día; pero no lo estuvo —no tuvo las condiciones después de tanta explotación colonial, criolla y porfirista para ganar una participación *integral* en la estructura del nuevo Estado, en todas sus ramas y actividades, para dirigir técnica e institucionalmente su proyecto. Surgió (con

gigantescos avances con respecto al régimen anterior) otro régimen paternalista, que ubicaba en la cúpula demasiados poderes de decisión, planeación y organización en todo, sin vigilancia, contrapesos ni integración cotidiana y generalizada de la gente. Y todos los caudillos y presidentes (sin exceptuar a Cárdenas) siguieron despojando de poderes y gestión al pueblo “desordenado”, “emotivo” e “inculto”, para acumularlos en la silla presidencial —en la casta dirigente, que a partir de ello se fortaleció y multiplicó, al grado de constituirse como dueña autoritaria de la nación.

Desde Carranza a la fecha ha habido una guerra contra la gestión y el poder de la gente, en la que se sacrificaron las facultades desde abajo —la cultura nacional— de las organizaciones indígenas y campesinas, de los municipios y los estados, de legisladores y jueces, de los sindicatos y agrupaciones civiles. Guerra de la cultura de Estado contra la cultura nacional.

En este contexto, en consecuencia, no se puede hablar de mera inmoralidad de los gobernantes, como lacra individual o caída humana, sino de un proyecto de muchas décadas, perfectamente continuado y coherente, de formación de un grupo social privilegiado, corporación o casta, a partir de la riqueza y del poder de todos que se había depositado en el Estado. Obregón y Calles fueron inmediatamente típicos y desbordantes en su bárbaro, primitivo saqueo de la nación para sus negocios personales y familiares, y en su precipitado prohijamiento de una nueva clase a partir de puestos y contratos.

Este proyecto se extendió a todos los niveles de la administración pública, incluso al sindical con el prohijamiento de “aristocracias obreras” (los trabajadores de la burocracia y de los sectores estratégicos de la producción, reducidos por el halago o por la fuerza, al papel de una especie de esquirols contra la mayoría de trabajadores del país, que se veían discriminados y hasta explotados por las centrales obreras consentidas del sistema).

Es decir, fue cultura de Estado que el país no se desarrollara parejo, sino formar un México Selecto que desplazara al mayoritario, con una casta burocrática/empresarial en la cúpula, zonas selectivas de explotación agrícola e industrial modernas (en las que se invertían los recursos de toda la nación, que así veía discriminado todo el resto del mapa) y un prohijamiento acelerado de nuevas clases medias urbanas, que a su vez se volvían mercado (y cómplice) de una industria y un comercio dedicados al consumo de ellas —y no al de un país todavía mayoritariamente rural, campesino e indígena—. Así se llegó al “milagro mexicano”.

Puede pensarse que el país que quería la gente que hizo la revolución era muy diferente: un México pobre, pero no hambriento, repartido en las tareas agrícolas y artesanales en poblados y rancherías, que fuera modernizándose parejo y desde abajo, en lugar de este financiamiento, con el trabajo de todos, de

un simulacro de país ostentoso en ciudades para el bienestar del México Selecto. Finalmente, la gente del campo tuvo que huir en grandes cantidades a las ciudades y a los Estados Unidos, porque se había conseguido arruinar el México rural y sustituirlo por la miseria aglomerada en los campamentos que rodean las ciudades.

Y este nuevo minipaís del privilegio empezó a impacientarse aun con lo que quedaba de contenidos populares y nacionales en el Estado. El desmantelamiento del Estado (y la traslación descarada de sus riquezas y facultades a las corporaciones del capital) fue un proyecto real, pero que la gente en gran medida impidió que se cumpliera en todos sus aspectos. La burguesía financiera, la inmobiliaria, la industria y el comercio para el consumo alto y clasemediero, los monopolios del radio, la prensa y la televisión; las sucursales locales de las trasnacionales de alimentos, medicinas, aparatos y máquinas eléctricas, automóviles, incluso ropa, etcétera, se vieron fortalecidas demasiado pronto, y se plantearon como nuevos propietarios del país, con el apoyo de amplios sectores urbanos que han nacido y se han formado dentro de su corriente. Se asumen como la única “sociedad” (como opuesto de plebe) y exigen para su casta lo que el Leviatán corrupto, demagógico, ineficiente, olvidó darles o no pudo dárselo.

Esto es, por debajo de la parafernalia populista y patrioter, ha habido una cultura de Estado que no es sino el proyecto de formación de una casta, rodeada y protegida por un México Selecto de clase media urbana, de espaldas al resto del país y a la mayoría de la población para los cuales la opresión, la miseria y la ignorancia pretenden ser su destino permanente.

10

Cultura de Estado puede ser, por otra parte, el ninguneo, el desprecio e incluso el exterminio de la cultura nacional. El Estado paternalista, para seguir disfrutando de los beneficios de su supuesta paternidad, debe conservar al pueblo como menor de edad eternamente, impedirle su maduración y su crecimiento culturales, especialmente en lo que respecta a la cultura social y a la cultura política más esenciales.

Esto queda de manifiesto en el trato que el Estado mexicano ha dado a las fundamentales organizaciones de los trabajadores y de la gente: los sindicatos, los pueblos y organizaciones indígenas y campesinas, la participación ejidal y municipal en la estructura del gobierno y la administración, la injerencia de la gente en los proyectos y en las instituciones que más directamente la afectan. Es innegable proyecto de la cultura de Estado la desmovilización del pueblo, el estrangulamiento de sus estructuras básicas, para no dejar más movilización ni más organización posibles que las propias

dirigidas y maniobradas por el Estado mismo.

En la historia del crecimiento del Estado mexicano, desde Obregón a nuestros días, corre también la historia del aplastamiento del movimiento obrero, que siempre fue visto como subversión, desestabilización, caos y barbarie; basta ver la soez y despótica manera en que se expresan los gobernantes de su pueblo al lanzar contra el la fuerza pública, para advertir cómo pueden contradecirse la cultura nacional y la cultura de Estado. Y del mismo modo que la corrupción de los gobernantes no puede ser vista como casos aislados de inmoralidad, sino como un permanente programa de formación de una casta dirigente, la corrupción de los líderes sindicales tampoco admite meras explicaciones anecdóticas de la venalidad de zutano o la folklórica rapacidad de menganito: es todo un integrado programa de desculturización de los trabajadores, obstaculizándoles toda independencia y maduración como clase, para mantenerlos en la servidumbre y el terror, hasta convertir los sindicatos en agencias serviles y autoritarias del poder estatal.

Sin embargo, la creciente modernización industrial fue inevitablemente produciendo, en torno a los sectores estratégicos de la producción, la administración y los servicios, grupos de trabajadores cada vez más maduros y modernos, que se volvieron problema para la manipulación del Estado. La política hacia ellos fue el halago, volverlos “aristocracias obreras” (privilegiados sólo en relación con la postración del resto de los trabajadores del país, pero todavía pobres en relación con las necesidades del modo de vida del obrero moderno), de modo que se consideraran apéndices del Estado y no vanguardia del resto de los trabajadores mexicanos. Llegar a estar en las nóminas de Ferrocarriles, la burocracia, Pemex, electricidad, etcétera, fue visto como azarosa tajada del pastel oficial, sobre todo por la gran mayoría de gente que continuaba con escasas o nulas garantías laborales en pequeños negocios o seminegocios a la antigua. Sin embargo, de estos “privilegiados” grupos obreros, a pesar de todas las políticas en su contra, surgió el movimiento sindical contemporáneo de México, con su horrible secuencia de represiones: ferrocarrileros, maestros, electricistas, etcétera, hasta llegar sobre todo a la Tendencia Democrática, como muestra de maduración de una cultura nacional auténtica, y capaz de una fuerza y de una madurez nunca vistas antes de los movimientos populares de México: quedó claro que, a pesar de todo, la cultura nacional iba creciendo en el pueblo, ganando terreno.

Otro rasgo fue el lento, confuso proceso mediante el cual profesiones antes consideradas de lujo, se asumieron como obreras, en contra de la idea oficial de que la corrupción, la estupidez, la mugre, la plebe y el bestialismo eran sinónimos de obreros y de sindicatos, que debían ser rehuidos por los profesionistas cultos: médicos, maestros, universitarios, ingenieros terminaron formando sindicatos.

Sobre todo en la última década ha quedado claro que, aun-que no sea la norma en un país profundamente desigual, existe ya un amplio proletariado moderno capaz de lo que no pudieron hacer sus antepasados: ganar una presencia y una gestión independientes, y participar integralmente en la estructura del Estado para evitar la ineficiencia, la corrupción, la planeación desastrosa y el uso de los fondos y las instituciones públicas para el financiamiento de nuevas castas opresoras ; difícilmente a este proletariado moderno se le podrá seguir manteniendo como menor de edad por más tiempo: éste es uno de los aspectos más vigorosos, novedosos y estimulantes de la cultura nacional actual en México.

11

Para la cultura de Estado, la cultura obrera no ha sido sino una ridícula, ominosa parodia y un desprecio de su clase. Se les niega a los trabajadores, incluso con las armas, toda cultura obrera real: la independencia sindical, la asamblea libre, la participación en las discusiones técnicas y en la administración, la prensa auténticamente suya, a cambio de sueños clasemedios de chatarra cultural: boletitos gratis para un conciertito desafinado de música barroca o nacionalista; conferencias y cursitos disparatados y pronunciados por letrados imbéciles, más pensados para que el trabajador se intimide ante la imposibilidad de comprender fárragos aberrantes y se convenza de qué idiota y naco y cabeza dura es en comparación con el honorable gerente, que para que realmente se capacite; todo ello, cuando no se recurre al profuso expediente del pan-y-circo: tiendas de descuento con entradas gratis al box, la lucha libre, los festivales con mariachis y ¡viva México! y harta nalga en bikini de fantasía entonando los más lacrimosos boleros.

Y sobre todo, toneladas de porquerías patrioterías y oficia-listas que no dicen otra cosa —por más batallas de Celaya y Zacatecas, por más Morelos y Cerro de las Campanas y “si tuviéramos parque no estarían ustedes aquí”— que una infame amenaza: si desobedecen al tricolor papá gobierno que los trata privilegiadamente y no como a peones patarrajadas, adiós trabajo de planta y bonito salario, adiós seguro social y tiendas de descuento, adiós campos deportivos y tómbolas de Navidad, adiós aguinaldo y promociones. Parecería que no se les paga bien por su buen trabajo —tan bueno, que logra que funcione lo infuncionable, que se produzca a pesar de tanta estupidez, ignorancia, corrupción, dispendio y desastrosa ineficiencia de las “cultas” y sobre enriquecidas autoridades— sino por su servidumbre: por dejarse acarrear para adular al señor presidente, al señor diputado; por improvisar “mayorías” en el zócalo y en los desfiles, en supuesto mentís al descontento popular; por tragarse toda la corrupción y la represión de los líderes charros.

Y efectivamente, el proyecto de desprestigiar a las masas ante las propias masas, y a los obreros ante los propios obreros, ha surtido algún efecto: hablese de cultura obrera y la gente no entenderá de inmediato la oscurecida hazaña concreta, de cuerpos y manos y mentes de trabajadores, por improvisarse rápidamente como obreros modernos, con maquinarias y tecnologías avanzadas, entre brutales riesgos laborales que dejan su alto saldo de muertos y de inválidos; no, se entenderá el servilismo ante el delegado sindical, para ganar un sobresueldo, la plaza o la promoción, la chambita más descansada o la forma de colar al hijo o al compadre; se entenderá al líder barrigón de lentes oscuros tratando de tomarle el pelo al pueblo en sus discursos y declaraciones televisadas; se entenderá clase obrera como la guardia selecta del Estado.

Para la cultura nacional, sin embargo, cultura obrera es su conocimiento específico, concreto, de su propio trabajo. Los trabajadores saben quiénes hacen funcionar las fábricas, por más que el Estado diga que es el vaquetón del subsecretario tal. Entienden más que nadie por qué fallan las cosas, dónde, cómo, cuándo empezaron a chisporrotear. En gran medida en esa conciencia, transformada en conquistas de participación dentro de la estructura productiva, está la opción nacional.

Sin embargo, existe el riesgo ya probado en las clases medias: el mejoramiento demasiado disparate de unos sectores de la población trabajadora en detrimento de otros, pudiera conducir a una disminución de la solidaridad nacional; esto es, que por mantener los relativos privilegios de grupo obrero selecto, decidieran que les conviene más conservarse como apéndices del Estado expoliador que como catalizador de la justicia nacional. Hasta tal grado la cultura de Estado ha corrompido la cultura obrera, que las “aristocracias obreras” (los petroleros, por ejemplo) empiezan a considerarse más prospectos de clase media de chatarra que un proletariado auténtico. Pero, en rigor, no se puede exigir milagros de renunciamiento moral a quienes, por más “privilegiados” que estén, sigan siendo quienes soportan el peso de la producción en condiciones aún muy bárbaras y mal remuneradas. Con toda razón pueden argüir que lo “mucho” que reciben sigue siendo estrictamente poco; y que de cualquier manera tienen hijos, parientes, amigos, barrio, pueblo en el que continúan inscritos, y que se puede esperar de ellos la nueva base social, más preparada y experimentada, que gane una nueva etapa de justicia y civilización del país. Son ellos los que pueden hacer efectiva otra forma de planeación de la nación y del Estado, como cabeza del desigual horizonte de desempleados, campesinos, indígenas y obreros en peores condiciones.

A principios de siglo México seguía siendo un país indio, y ya no lo es más; la guerra del Estado mexicano contra los indios y su cultura es uno de los más trágicos y ominosos episodios de nuestra historia contemporánea. El exterminio de lo indio y de los indios que no lograron la conquista ni la colonización española, las revoluciones y guerras del siglo pasado, ni aun la ferocidad antiindígena del porfiriato, se consumó en unas cuantas décadas de “modernización” económica encabezada e implementada por el propio Estado que, paradójica-mente, surgió precisamente gracias a las masas indígenas revolucionarias.

En pocos renglones, como en éste, queda tan patente una contradicción inconciliable entre cultura nacional y cultura de Estado. Efectivamente, la presión indígena impuso algunos de sus contenidos en el Estado —ya lo había hecho, por lo demás, con el Estado colonial, haciendo respetar algunos de sus derechos, de su organización interna, de sus costumbres y su lenguaje, y a su Virgen de Guadalupe; durante el siglo XIX, las fisonomías indígenas marcaron (pese a la transculturación) los principales hechos históricos y culturales del país, junto con rasgos negros y mestizos: Morelos, Guerrero, Ramírez, Juárez, Altamirano, el propio Porfirio Díaz, quien para celebrar el centenario de la independencia tuvo que erigir una estatua (europeizada y mitificada, desde luego) de Cuauhtémoc: los indios conquistaron una presencia que les había sido sistemáticamente negada. Al racismo prevaleciente en la cultura imperialista occidental, las masas indias respondieron imponiendo sus rasgos en todo el ámbito mexicano, desde los muros de los edificios públicos hasta los motivos y símbolos nacionales y los lemas y discursos, después de desfilar por las calles de la europeizada ciudad de México. El Estado no pudo evitar declararse indigenista y responsabilizarse de las culturas indígenas, instituir museos... pero nada más.

En realidad, la mayoría indígena de México estaba herida políticamente de raíz: no era mayoría ni indígena: esto es, lo “indio” es una abstracción blanca de multitud de nacionalidades diferentes, desunidas entre sí, que actuaron como múltiples minorías dispersas y aisladas. El Estado fuerte, poderoso y centralizador, del que esperaban apoyo contra los caciques y otros tradicionales opresores locales, hizo lo opuesto: arrojó contra ellas su abrumador poderío concentrado, en un proyecto modernizador, contra el cual cada nación india tuvo que luchar sola en circunstancias agobiantes.

Si a esto se añade que la tecnología moderna acabó en la mayor parte de los casos con el aislamiento anterior en que los pueblos indios se habían protegido, se traza un panorama de exterminio cultural con carreteras, ferrocarriles, radio, televisión, aviones, consumo masivo, distorsiones generalizadas de la economía impuestas por el capital central; todo ello sin considerar a la población, sino la voracidad del

capital. Así se perdieron docenas de lenguas indígenas, se arruinaron los pueblos y las economías de autoconsumo; hubo una aculturación forzosa, con el shock cultural y el desarraigo que implica, y la emigración mendicante o subempleada a las ciudades y a los Estados Unidos, hasta configurar e etnocidio.

13

El Estado mexicano desconoció, desde la época de Juárez, el derecho y las instituciones indígenas (que la propia Corona española había respetado) ; en consecuencia, las propiedades colectivas de los pueblos, al no estar configuradas dentro de la legalidad burguesa como propiedad privada, fueron declaradas tierras sin dueño y adjudicadas a capitalistas modernos; las instituciones y organizaciones indias se volvieron un poder paralelo y subversivo, ilegal, que el Estado combatió brutalmente, imponiendo como gobernantes de los indios a caciques, comisarios ejidales, presidentes municipales, etcétera, que no respondían a los intereses de la gente sino a los del poder central y de los privilegios regionales. A pocas naciones ocupadas —eso eran las naciones indígenas; siguen siendo las que restan— se les ha tratado en el mundo con tal brutalidad, aun en los casos más crueles del colonialismo francés o británico.

El criterio modernizador, occidental, capitalista del Estado hizo en la paz mayores atrocidades que cualquier guerra: el canal 2 de televisión y la XEW destruyeron idiomas que habían sobrevivido cuatro siglos de opresión y lucha; la incorporación de todo el país desigual en la misma economía homogeneizadora, destruyó más tradiciones, formas de autoconsumo, civilizaciones defensivas que una conquista: fibras sintéticas, gasolina, alimentos enlatados, pautas urbanas y suntuarias de conducta, automóviles, etcétera. El shock de los caballos y los cañones de Cortés se vuelve cosa de nada frente al shock de General Electric, ITT, Ford, Coca Cola, en rancherías serranas que se defendían con el cultivo del maíz y la artesanía de autoconsumo. Fue obligatorio para los indios a culturarse en unos cuantos años al costosísimo modo de vida blanco, pero sin salarios ni ayuda burocrática ni apoyo financiero: se volvieron más pobres frente a este modo de vida, de lo pobres que eran y habían sido frente al modo de vida tradicional.

El Estado modernizador multiplicó, en consecuencia, la pobreza de los indios, en proporciones verdaderamente geométricas: ese fue el exterminio ya preconizado por Poinsett: en lugar de tomarnos el trabajo de matar a balazos indio por indio en la sierra, obligarlos a que dejen de serlo o a que se mueran solos.

Si a esto se añade la guerra de la cultura de Estado contra la cultura campesina y aldeana, se explica el panorama actual de ruina en el campo y el agigantamiento miserable de las ciudades, así como la emigración a los Estados Unidos. La raíz de todo ello está en la exclusión de la gente, de la nación, en la toma de decisiones y en las políticas concentradas en la cúpula del Estado, que se dirigieron con rapacidad a la acumulación de ganancias para la nueva casta; como lo rentable era el modo de vida de la ciudad, el consumo urbano, la industria moderna dirigida a la exportación más cómoda y a los mercados privilegiados, el Estado —aunque declarase muchas veces lo contrario, con profusión de populismos y patriotismos— le dio la espalda al país, sin concederle más que lo preciso para mantenerlo en la indigencia y posponer los estallidos; y empezó a propagar como norma de vida y de cultura exactamente la que ni tenía ni quería ni podía sostener la mayoría de la gente, que no fue consultada ni pudo intervenir.

La creación de grandes industrias y emporios agrícolas y ganaderos creaba efectivamente mucha riqueza para sus dueños, ciertas mejoras para sus trabajadores... y una multiplicada pobreza para toda la región que los rodeaba y que seguía cultivando lo de siempre, pero insertos en una economía homogeneizada y onerosa que terminó por asfixiarlos: miserias de principios de siglo, o del siglo XVI, con inflación petrolera; produciendo maíz de a centavo para tener que pagar todo lo demás con billetes de veinte o cincuenta o cien pesos: fue preferible ser bracero, peón o limosnero en otras partes que campesino en la parcela ancestral.

Toda esta política influyó incluso en los renglones más positivos de la administración pública. Los contenidos de una educación planeada desde arriba, sin participación de las comunidades, con un desprecio racista por lo que era el país y una boba avidez por el espejismo del “progreso” capitalista, se volvió un poderoso elemento de desestabilización campesina, introduciendo con el abc patrones urbanos y el ilusorio resplandor del modo de vida clasemediero en las más modestas rancherías —lo cual, junto con la publicidad desaforada de los productos industriales, los medios de comunicación y la realidad de ciudades subsidiadas frente a un campo saqueado, hizo que los muchachos se educaran sobre todo... para salir cuanto antes de sus pueblos. Educar para el bracerismo, el peonaje, la servidumbre urbana.

O la salud pública: crear médicos en las morosas e ineficientes universidades, que desde luego serán trabajadores con un modo de vida urbano, al que sería poco razonable pedir porque sí que renunciaran

franciscanamente, para dirigirse como misioneros al campo que el propio sistema ha vuelto desierto, lleva a la contradicción de un campo lleno de enfermos y unas ciudades llenas de doctores desempleados que mejor cuelgan el título y se dedican a vendedores ambulantes de seguros o a especuladores de divisas.

La cultura nacional habría exigido que las decisiones se tomaran desde abajo, con las razones de la gente, según sus conveniencias y su justicia; no habría habido seguramente “milagro” mexicano, pero tampoco el infierno mexicano.

La cultura de Estado prefirió extraer del país completo toda la riqueza, para acumularla y maniobrarla en el fácil negocio de las ciudades —buena parte del país vino a apeñuscarse en torno a ellas—. Cultura nacional: vergüenza y dolor del etnocidio, de la estupidez, de la barbarie modernizadora; cultura de Estado: el progreso milagroso con marchas triunfales del PNB, tasas de crecimiento y el mayor endeudamiento del mundo.

15

México ya es lo opuesto de lo que había sido. No pesan ya sobre sus hombros los siglos embarazosos de tradiciones, sino la falta de ellas: un país de ciudades bárbaras, menos ciudades que campamentos portátiles, y menos campamentos portátiles que meros panoramas de criminal y desafortunada especulación inmobiliaria, financiera, industrial y comercial: la Ciudad de los Consorcios.

Quinientos o cuatrocientos años de antigüedad de tal paredón o de tal capilla, ¿qué son contra la novedad de cientos de kilómetros de urbanización portátil en unos cuantos años, de millones de gente apiñada apenas hace unos meses, a cientos o miles de kilómetros de su lugar de origen? Un país de bárbaros campamentos urbanos, sin tradiciones ni organizaciones, más que las que van surgiendo —ayer, hoy, hace una hora—durante el nuevo proceso.

Sin olvidar todo lo que ello implica de amontonamiento de tantos millones de estómagos donde no se producen los alimentos, de contaminación y de innumerables conflictos propios de tal hacinamiento, puede advertirse que está ocurriendo, detrás de la primera impresión superficial de lumpenización y barbarie, una revolución en la conformación de la gente, dispuesta a montarse sobre la bestia modernizadora y domarla. Gente brava, inteligente, razonable, capaz de inventarse rápidamente formas de organización y de defensa; sin duda, las ciudades empiezan a ofrecer masas menos desvalidas y dispersas, interiorizadas en el corazón del sistema, capaces de ir conociendo producto por producto, técnica por técnica, procedimiento por procedimiento, los instrumentos y la cultura de los años, y de

apropiárselos en una lucha civil —civilizadora—, que transforma por completo la configuración tradicional de las ciudades mexicanas: fincas del privilegio de la gente decente en torno a los zócalos.

En torno a las necesidades urbanas más apremiantes, va creciendo la participación civil de las masas: asociaciones de colonos para defender sus asentamientos, de derechos civiles y humanos contra la brutalidad policiaca (la policía ha sido la gran respuesta de la cultura de Estado contra el agigantamiento de las ciudades que él mismo ha prohijado), de gestión con las autoridades: transporte, comercio callejero, escuelas, agua, etcétera. Puede verse en esta gente una presencia poderosa que cambie la situación de impunidad y prepotencia del capital y la burocracia en la dirección de las ciudades y confiera a los ciudadanos mayor peso, imponiendo una organización urbana diferente.

16

Frente a la discusión formal de la democracia occidental, que propone una reducción de la gestión y de las facultades del Estado, en favor de los elementos y las corporaciones de la misma casta dominante (capital financiero, Iglesia, ejército, empresa privada), el proceso mexicano apunta en otro sentido. La crítica de la cultura de Estado no puede dirigirse a la restricción y el empequeñecimiento del Estado en favor de la misma cúpula que ahora querría seguir manejando la nación fuera de él, sino, por el contrario, por una renegociación del papel de los trabajadores, de las masas urbanas y campesinas en su estructura, a partir del fortalecimiento que han logrado en las últimas décadas y de la desastrosa experiencia de lo que la cultura de Estado puede llegar a ser sin la vigilancia, la crítica, la participación y la dirección concreta y continua de la cultura nacional. Frente a esta presión de la gente y ante los callejones en los que el Estado y el capital “privado” se han encerrado a sí mismos, sin embargo, puede esperarse una lucha muy enconada en los próximos años. Desde hace más de una década, los propios presidentes de la república se ven forzados a declarar cotidianamente la crisis, a calificar los problemas nacionales con los adjetivos catastrofistas que el Estado solía dejar como único espacio a la oposición.

La profunda conciencia de la cultura nacional de todos esos problemas, su traducción en una imaginativa y valiente participación civil, logrando vencer tabúes consagrados (como algunos de la reforma política), permite esperar un fortalecimiento de la posición de la gente y victorias significativas que corrijan y transformen en todos los aspectos básicos la cultura de Estado, que ya sólo superficialmente podrá confundirse con el proyecto de la nación, porque sus resultados arrojan sobradamente la evidencia de que ha sido el proyecto contrario.

[Noviembre de 1982]